

Historia y anhelos. XV años de la Universidad Iberoamericana en Puebla

Cacho Vázquez, Xavier

1998

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/3549>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

HISTORIA Y ANHELOS XV años de la Universidad Iberoamericana en Puebla

Xavier Cacho S.J.*

Herencia

No sería conveniente ni justo dar por supuesto el contexto vivo donde nació hace quince años la Universidad Iberoamericana Golfo Centro. Podemos destacar como elementos de gran potencial generador de nuestra Institución a la ciudad de Puebla y, metida de lleno en la historia secular de la misma, a la tradición educativa de la Compañía de Jesús. Brevemente me referiré a este magnífico contexto vivo o matriz que nos ayuda a la comprensión de lo sucedido estos últimos quince años entre nosotros.

Los jesuitas y Puebla han convivido estrechamente por más de cuatro siglos. Ni el hiato provocado por la expulsión violenta de la Compañía en 1767, seguido por el declive y ocaso del imperio español, por la revolución de independencia y el dramatismo de los primeros cincuenta años de vida independiente rompieron los lazos entre Puebla y sus hijos jesuitas desterrados; entre Puebla —lugar de lucha y forja de hombres— y quienes conservaban en sus mentes y corazones lo enseñado en los colegios de la Compañía. Apenas reforzado el exiguo grupo de jesuitas mexicanos por un escogido número de europeos, el nuevo superior Andrés Artola no dudó en abrir el primer colegio en la ciudad de Puebla. Comenzaba el año de 1870. Con inmensa modestia reiniciaba la labor educativa que no tendrá interrupción hasta nuestros días, ni siquiera cuando, despojados una vez más de los edificios

* Ex rector de la UIA-GC.

y de la incorporación oficial (1927-1940), prosigan los jesuitas la educación de la juventud poblana en casas particulares de amigos y bienhechores. En medio de esta relación y de la sucesión de generaciones poblanas y jesuíticas fue planeada la fundación de la Universidad Iberoamericana Golfo-Centro. En los primeros meses de 1983 se abrieron los cursos. La herencia secular de amistad de la Compañía con Puebla contrastaba en su riqueza con las pobres instalaciones y equipos inaugurales de la Calzada Zaragoza.

De otra índole es la *Traditio viva educandi Societatis Jesu*, tesoro inagotable de significados y valores que ha demostrado su eficacia en diversas culturas y sociedades a lo largo de cuatro siglos y medio. Me refiero a ese quehacer predilecto de la Compañía de Jesús que ambiciona desatar todas las operaciones de la conciencia, ejercitando a sus jóvenes alumnos en el atender, comprender, evaluar, afirmar críticamente, elegir, decidir lo mejor, perseverar en el compromiso con las verdades objetivas y los valores de la convivencia justa, responsable y solidaria. La antropología filoteológica, la pretensión de la excelencia, la formación de la conciencia crítica, de la integración entre conocimientos, afectos y opciones valiosas, etc., son características de la educación que por siglos ha ocupado a los jesuitas. De esa tradición ininterrumpida han brotado modelos educativos para varios niveles y para distintos objetivos. Pero todos esos modelos mantienen la impronta del desarrollo humano integral: cuerpo y espíritu, corazón y conciencia, historia y futuro, para sí y para los demás, ser y hacer, tener y compartir, poder y servir, creer y esperar. Todos los modelos pretenden asimismo la excelencia humano-divina de Jesucristo, Dios hecho hombre entre nosotros, como Verdad plena del hombre, cuyos hechos y dichos inspiran, motivan y dan solidez al ministerio de la enseñanza en la Compañía. Esta herencia riquísima en fines y medios, en métodos e instrumentos pedagógicos, en experiencias y nuevos planteamientos era ya una realidad presente en 1983, cuando algunos jesuitas académicos invitaron a los ex alumnos poblanos a iniciar el plantel Golfo-Centro de la Universidad Iberoamericana.

Crecimiento

Aunque las herencias fueron cuantiosas, arraigarlas nunca es fácil. El

modelo educativo, perfilado a raíz de la autonomía académica obtenida por la Iberoamericana de México en 1973, distaba mucho de la organización universitaria por facultades establecida en nuestro país. La Iberoamericana quería la integración en la diversidad de conocimientos profesionalizantes; el intercambio de profesores que fueran más de la Universidad que de una escuela profesional; un currículum flexible donde los alumnos participaran optando y decidiendo sus preferencias; un servicio social que confrontara las ideologías de clase con las realidades de nuestro pueblo, un formar al educando más que informarlo y habilitarlo.

Cinco años después del inicio estalló una crisis tal que parecía el colapso de la institución. Desde fuera, el gobierno central de la Compañía de Jesús decretó el abandono del plantel por parte de su gente; dentro, el ambiente se enrareció y la esperanza parecía ceder su lugar a la desesperanza. En medio del naufragio dos brazos firmes sostuvieron la barca: la fidelidad de Puebla a los jesuitas y el Sistema Universidad Iberoamericana establecido en cinco planteles. Nuevamente aparecía la doble herencia: Puebla, representada por los patronatos de la UIA Golfo-Centro, y la *Traditio Viva educandi Societatis Jesu*, encarnada en un sistema universitario.

Como en el mar encrespado, así también en la Ibero poblana después de la tempestad siguió la bonanza. En un tiempo impresionantemente corto surgieron amplios edificios, la comunidad universitaria se integró con entusiasmo y el crecimiento se apoderó con su significado fecundo de todos los factores. Gobierno e Iglesia, sociedad civil, empresarios, profesores, ex alumnos y colaboradores diversos secundaron al rector, a los patronatos, a los organismos académicos en la planeación y ejecución de ambiciosos proyectos. No faltando debates, incluso agrios, hubo sobra de voluntades decididas a vencer todas las contradicciones. El 31 de julio de 1991 fue un día memorable para la fe cristiana en la Providencia paternal de Dios, entrañable para los corazones de cuantos habían luchado a brazo partido. En esa fiesta de San Ignacio de Loyola caminamos gozosos por el nuevo campus en terrenos de San Andrés Cholula. Ahora sabemos que ese día se inauguró un importante polo de desarrollo del sur de nuestra ciudad.

Tradición y cambio

Me toca hablar ahora de lo más trascendente y difícil: del desarrollo humano-educativo de nuestra Universidad. Más que juicios de valor calificadores de las políticas decididas por las diversas instancias, hago mis comentarios como un factor más entre otros de esas decisiones y como un espectador interesado por cuanto ha sucedido en estos primeros quince años de vida universitaria iberoamericana en Puebla. Sobra decir, por tanto, que son mis puntos de vista, mi subjetividad.

Me ayuda intentar una *contextualización*, un situarnos en el presente histórico sociocultural. Tarea siempre difícil, siempre incompleta, por cuanto somos parte viva del presente y nos es imposible objetivizar lo cercano y envolvente. Pero debemos intentarlo a riesgo de vivir arrastrados por la corriente o corrientes del poderoso flujo histórico, sin crear lo que podríamos, sin cambiar lo peor por lo mejor, sin luchar por la utopía de ser lo que pensamos, creemos y amamos.

En nuestra institución han luchado, a veces agónicamente, dos visiones (creencias, persuasiones, planteamientos, objetivos...) de la educación, del ser y quehacer universitarios. Nadie ha negado los "documentos fundantes" (Ideario, Filosofía Educativa, Misión y Prospectiva), pero sí los hemos comprendido con diverso acento. Una visión prefiere y subraya el presente con sus opciones, valores; metas, necesidades sociales, respuestas, etc. Otra visión ha dado mayor lugar a planteamientos y cosmovisiones de la tradición cristiana ignaciana y apuesta al futuro con ellas. La primera visión parece nutrirse de la modernidad secular, en tanto que la segunda gusta beber de la mística. Esto no quiere decir, en ninguna de las dos, la renuncia al criticismo y a las verdades objetivas, ni tampoco a las metodologías científicas ya sean empiricistas o filosóficas. La primera visión urge el tecnologismo como respuesta al presente; la segunda insiste en el humanismo como respuesta perenne. La primera no ha creído mucho en los proyectos de la integración del sujeto, en tanto que la segunda afirma que intentarlo es lo mejor que la Universidad puede dar a su gente. Ambas visiones se han ido dando en medio de un avasallante economicismo y una dolorosa dependencia del poder imperial estadounidense, realidades de nuestro contexto. En lo social, el presente

mexicano con su problemática demográfica lacerante, su ingreso mestizo a la modernidad occidental y su perpetuo contraste etnocultural presenta una serie de problemas que nos sacuden continuamente.

El horizonte contemporáneo demuestra su poder acaparando las profesiones y, consiguientemente, los quehaceres universitarios. El funcionalismo de la cultura urbano-industrial no deja ni tiempo ni lugar al planteamiento y respuestas del cuestionario antropológico fundamental: ¿quién soy yo?, ¿quiénes los otros?, ¿cómo convivir?, ¿qué sentido tiene nuestra existencia?, ¿por qué los valores humanos?, ¿a dónde vamos?, ¿cómo somos y para qué somos? Creaturas conscientes en el cosmos, experimentamos a Dios, que señorea también la historia... Basta la estadística comparada de los conocimientos científicos y tecnológicos que ofrece la Universidad a jóvenes que no ven más que el presente, con la ausencia de ofertas filosóficas, historiológicas, antropológicas. ¿No debería nuestra Universidad ofertar, inquietar incluso con un profundo humanismo a quienes no experimentan aún por su juventud las interrogantes profundas del sentido y valor de la existencia consciente? Hasta ahora más ha respondido a las demandas del presente histórico polarizado en su afán de producción material; menos atenta al dramatismo de las desorientaciones, desintegraciones familiares, marginaciones causadas por los antivalores que entenebrecen la existencia de muchos. La luz que orienta al ser, la ética que gobierna las conciencias, la fe que conforta en las dudas, el amor que mueve las voluntades y corazones... todo eso junto como integrador de cada hombre y de cada mujer, todo eso junto como educación para ser más para los demás... se enfrenta al presente enmascarado siempre con la urgencia, la utilidad, la verdad práctica.

La aporía “tradicción y cambio” podría ayudarnos como criterio para discernir el cambio.

Mañana

No se trata de afirmaciones, pero sí de la necesidad impostergable de discernir nuestro ser universitario, de donde se seguirá nuestro quehacer. La metodología nos dice que una “comunidad” es punto de

llegada para aquellos que recorren el camino de experiencias comunes, evaluaciones y afirmaciones comunes, querer comunes y, al fin, significados comunes que los constituyen como comunidad de personas diferentes. Creo que nuestra responsabilidad de discernir el mañana de nuestra Universidad es quehacer comunitario.

Poseemos la herencia de la *Traditio viva educandi Societatis Jesu* que nos ayudará a enriquecernos con la apropiación consciente, crítica, de una "identidad" que ha mostrado su valía de sobra. Iremos al encuentro del devenir sabiendo quiénes somos, eligiendo serlo, decidiendo serlo más, actuándolo con conciencia diferenciada. Iremos al encuentro del siglo XXI sin dudas existenciales porque confiamos en el Señor del cosmos y de la historia; iremos a formar hombres y mujeres para los demás, porque nosotros mismos hemos decidido serlo; iremos a enseñar cómo ser y crecer en conocimientos, habilidades, valores y virtudes, porque sabremos ejercitarnos en todas nuestras operaciones conscientes e intencionales. Despertaremos y alimentaremos nuestra conciencia histórica para enamorarnos de nuestra herencia sociocultural (mestiza, latina, cristiana), desentrañaremos las décadas, las centurias, los milenios que nos constituyen y que afloran en nuestros sentimientos, acentos axiológicos, afectos, creencias, lengua e idioma, arte y artesanías, costumbres y tradiciones, arraigos y amores.

Nos abriremos a la recia pregunta de "¿quiénes queremos ser?", no contestable del todo desde la identidad histórica; sólo contestada por el discernimiento presente de cara al mañana. Seremos en el mundo presente, poderoso creador de inéditos escenarios. Dialogaremos, debatiremos, meditaremos, oraremos, consultaremos, deliberaremos, decidiremos. Todo eso es discernir. Lo haremos sin cesar. Lograremos las síntesis, no dejándonos atrapar por los polos de la dialéctica. No queremos el presente perfecto sino el avanzar todos hacia las plenitudes de la sabiduría y la convivencia fraternal, porque no somos habitantes permanentes ni dueños de este mundo, sino peregrinos y administradores del mismo. Nos haremos maestros de la construcción material y social, las enseñaremos juntas. Nunca renunciaremos, así, a la responsabilidad de abatir los contrastes económicos y culturales de nuestro México.